

JOSÉ MARÍA BERNABÉ: SEMBLANZA DE UN MAESTRO

Febrero de 1982. Facultad de Geografía e Historia. Clase de Geografía. Por la puerta entra un señor bajito con cara de buen hombre. De repente las animadas conversaciones se diluyen, y casi cien miradas empiezan a escudriñar al nuevo personaje. Este espera unos segundos y empieza, con evidente timidez, a presentarse. Era José María Bernabé en su clase de Geografía de Países en Desarrollo. Este personaje se nos antojaba, ya desde el principio, “diferente”, con unos enfoques que se alejaban de lo tradicional, y yo me atrevería a decir que hasta un poco caduca, de la Geografía. Esta visión innovadora, que no se reducía a los enfoques, sino que abarcaba los contenidos y las metodologías de trabajo, la mantuvo a lo largo de toda su carrera como profesor.

Vanguardista nos pareció cuando aquel año nos sugirió la lectura y análisis de novelas como “El Corazón de las Tinieblas” o “El León”, entre otras. ¿Qué tenían que ver estas u otras novelas con la asignatura?, nos preguntábamos al principio, tildándolo de un poco excéntrico; no veíamos claro ni posible aquello de combinar placer con obligación, pero José María sabía cómo conseguirlo. A partir de aquella experiencia muchos empezamos a leer con otros ojos, con otra perspectiva, aplicando algo de aquella capacidad de análisis e interpretación que el profesor José María Bernabé tanto se esforzó en estimularnos.

Pero no sólo ha sido un profesor imaginativo, sino también muy comprometido con los alumnos. Baste recordar cuando, allá por 1983-84 (casi en la prehistoria de la informática doméstica), llegaba a clase con su “ordenador portátil” debajo del brazo para enseñarnos a hacer correlaciones con algo más que las calculadoras; no resulta difícil imaginarse cómo podría ser este ordenador, ni tampoco las horas que José María hubo de dedicar para elaborar e introducir los programas en Basic que daban aquellos resultados.

Ha sido también un profesor con una portentosa inteligencia y maestría en sus análisis, completos y en ocasiones incluso complejos. En su clase de Geografía Económica (1985) nos hablaba del empresariado y la toma de decisiones, y nos contaba cómo había ido surgiendo ese tejido empresarial del Valle del Vinalopó (al que tantos años de investigación dedicó). Pero José María tenía la rara destreza de insertar perfectamente cualquier caso concreto en la estructura, y todo ello lo aderezaba con una metodología de trabajo que prestaba más atención a la interpretación de los procesos que a la simple descripción de casos concretos, y para ello se ayudaba, y nos

ayudaba, con su *Economic Geography, Progress in Planning, Progress in Human Geography* o revistas de similar pelaje, de las que extraía artículos, los traducía –ayudado ocasionalmente por algún alumno aventajado- y nos los pasaba para su lectura y comentario. Así es cómo José María nos hacía ir en una misma sesión desde el tejido empresarial del Vinalopó a la elevada tasa de nacimiento y mortalidad de empresas, o la tradición de toma de decisiones en Nueva York. Y todo esto lo conseguía porque José María tenía una capacidad de estructuración de conceptos o realidades complejas difícil de superar. Ciertamente no obstante que no siempre fue un profesor fácil de seguir; pero como Juan Ramón Jiménez con sus relatos, cuando José María “entraba en materia” era un profesor de minorías.

Aquella promoción de 1980-85, como las que hubo previamente y las que ha habido con posterioridad, no han dejado de reconocer en José María a un profesor con mayúsculas, dotado de una gran inteligencia, una gran capacidad de enseñar, de estimular, de transmitir conocimientos y, especialmente, de transmitir pasión por la -“su”- Geografía; pero sobre todo, ha sido un profesor con una calidad humana difícil de superar, ante el cual y ante cuyas enseñanzas era difícil permanecer impasible. Por todo ello José María ha gozado del respeto, cariño, aprecio y admiración de sus alumnos.

Con posterioridad a los estudios de la carrera, tuve la fortuna de poder hacer la tesis de licenciatura y tesis doctoral bajo su dirección. En toda esta andadura, José María, el maestro, siempre adoptaba la postura de un compañero aventajado; esa era su posición y la humildad que acompañó a su magisterio. En las numerosas y a veces largas discusiones que hemos mantenido, ni en una sola le escuché decir nada con la rotundidad o seguridad que se podía y debía suponer por su preparación científica. Antes al contrario. Siempre dejaba una puerta abierta a que yo pudiese aportar algo en sentido diferente. Y aquello no era, como a primera vista podría suponerse, falta de conocimientos o inseguridad; aquello formaba parte de su estilo de trabajo, humano, humilde, siempre valorando las posiciones, opiniones y argumentos de los demás, incluso cuando era evidente que era él quien tenía toda la razón. Pero este estilo de trabajo conseguía enriquecer la discusión, pero también que quien estaba frente a él se sintiese más valorado, con razón o sin ella. Así era de humilde -y sabio- José María Bernabé, como muy acertadamente se ha indicado en algún escrito previo en este diario.

Su trabajo en Presidencia de la Generalitat durante casi una década, al frente de la Dirección General de Planificación y Estudios, fue una nueva oportunidad para continuar aprendiendo de José María. Las colaboraciones que tuve, más o menos ocasionales, fueron mucho más que esto; me permitieron empezar a preguntarme cosas tan evidentes como para qué hacíamos nuestro trabajo, qué utilidad tenía. Cada vez fui más crítico con la “ciencia por la ciencia”, porque José María me enseñó, y creo que no se equivocaba, que desde la Universidad ha de servirse a la sociedad, hay que ser útiles; en su caso, era un firme convencido de que la investigación no podía ni debía quedarse entre los muros de los Departamentos y las bibliotecas, sino convertirse en productos utilizables en el exterior. Aquella visión daba sentido a gran parte de mi trabajo, y me permitió superar alguna que otra “crisis de identidad profesional” derivada de lo que yo interpretaba como falta de compromiso de una parte significativa del mundo universitario con la sociedad que nos estaba pagando.

En su vuelta a las aulas, hace apenas tres años, José María estaba más convencido que nunca de que ese enfoque era útil para los alumnos, y que debíamos trabajar con esa perspectiva si queríamos que éstos tuviesen posibilidades de convertirse en futuros profesionales; y a ello se dedicó intensamente hasta su muerte. Fue ese convencimiento el que le llevó a diseñar unos programas de contenidos que, justo es señalarlo, poco tenían que ver con lo que a *priori* cualquier compañero del Departamento hubiese podido concebir, o cualquier alumno esperar. No teníamos ni la capacidad, ni la formación, ni por supuesto la experiencia fuera de la Universidad, para poder pensar en los términos en los que lo hacía José María Bernabé. De nuevo llegaba el ahora ya más veterano profesor con sus planteamientos novedosos, vanguardistas, y superando a propios y extraños en imaginación, innovación y yo creo que hasta en adecuación a las necesidades de los alumnos. José María nos estaba dando, de nuevo, una lección de sabiduría, de buen hacer, de honradez, de compromiso con los compañeros, con los alumnos, con la Universidad y con la sociedad... y todo ello sin ninguna actitud de superioridad, al contrario, trabajando calladamente como el que más, con la humildad que le ha caracterizado toda su vida. Y humilde era cuando tras su retorno a la Universidad renunció a liderar a sus antiguos discípulos: ¡el maestro a disposición de los discípulos!; así era José María Bernabé, realmente único.

A José María tengo que agradecerle prácticamente todo en mi modesta trayectoria profesional. Pero ante todo tengo que agradecerle su amistad, que ha sido lo más importante para mi, porque me ha permitido disfrutar de una persona con unas cualidades extraordinarias, unas

cualidades que han hecho de él un personaje único tanto en lo profesional como en las relaciones humanas. **Humilde**, siempre considerándose igual o inferior cuando por su preparación y su capacidad estaba a años luz de todos nosotros. **Modesto**, siempre en la sombra y sin reclamar nunca el protagonismo de lo que realmente eran aportaciones u obras suyas. Con **capacidad y vocación de servicio** (aspecto que era una verdadera obsesión para él), porque siempre estaba dispuesto a ayudar, renunciando incluso a sus ratos de ocio o descanso, y casi más pendiente de ayudar a los demás que a sí mismo. ¿Qué podemos decir de su **discreción**?, llevada a límites extremos: tranquilos hemos podido estar todos los que con él hemos trabajado, porque a José María jamás se le ha escuchado nada que no fuese lo que directamente nos concernía, nada de lo que él hacía con los demás llegaba por su boca a oídos de terceros. ¿Y de la **fidelidad**?, aspecto de la que algún político valenciano sabe bastante. La fidelidad ha sido un principio en su vida; fidelidad con sus discípulos, con sus alumnos y con sus compañeros, con sus superiores, en definitiva, con todos y cada uno de los que le hemos rodeado.

Y todas estas cualidades, unidas a su portentosa inteligencia y gran **sabiduría**, las ha proyectado José María Bernabé, a lo largo de toda su vida, en su **compromiso social**, en su lucha – por supuesto callada- contra las injusticias y la desigualdad, en todos los ámbitos en los ha vivido y trabajado. Y sólo con esta combinación de virtudes se explica que José María viviese con tanta dedicación y pasión su labor política (aunque él nunca se consideró un político, sino un simple trabajador al servicio de la política), porque para él la política no era, como para muchos otros, una manera de medrar y de escalar posiciones; para José María la política era un instrumento para transformar la sociedad y hacerla más justa, y éste fue el compromiso personal que mantuvo durante toda su vida. En definitiva, José María ha sido un modelo de **hombre bueno y trabajador**, de los que raramente se encuentran. Al margen de las diferencias profesionales, personales o políticas, ha sido un hombre respetado y admirado por todos, incluso, creo, por los pocos enemigos –aunque más habría que decir, envidiosos- que haya podido tener.

La Geografía, la Universidad, la sociedad valenciana en definitiva, ha perdido a un gran hombre. Espero que todos sepamos reconocerlo y obrar en consecuencia.

José María. Querría poder decir en tu honor muchas más cosas. Pero sólo voy a darte las gracias, estimado maestro, apreciado compañero, querido amigo.